

CORTÉS

LA BIOGRAFÍA
MÁS REVELADORA



CHRISTIAN DUVERGER

CHRISTIAN DUVERGER

CORTÉS



Índice

[Cortés](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prefacio a la segunda edición. Cortés, el independentista](#)

[Prólogo. Un nuevo Cortés mestizo](#)

[Introducción](#)

[Primera parte. De Medellín a Cuba \(1485-1518\)](#)

[Capítulo 1. Infancia \(1485-1499\)](#)

[Capítulo 2. La España medieval de Isabel la Católica](#)

[Capítulo 3. El descubrimiento de América](#)

[Capítulo 4. La adolescencia \(1499-1504\)](#)

[Capítulo 5. La Española \(1504-1511\)](#)

[Capítulo 6. Cuba \(1511-1518\)](#)

[Segunda parte. La Conquista de México \(1518-1522\)](#)

[Capítulo 1. Trinidad, enero de 1519. Gran partida](#)

[Capítulo 2. Barcelona, 15 de febrero de 1519. Carlos I](#)

[Capítulo 3. Cozumel, febrero de 1519. Náufrago](#)

[Capítulo 4. Tabasco, marzo de 1519. La Malinche](#)

[Capítulo 5. San Juan de Ulúa, 22 de abril de 1519. Desembarco](#)

[Capítulo 6. Villa Rica de la Vera Cruz, mayo de 1519. Fundación](#)

[Capítulo 7. Cempoala, junio de 1519. Alianza](#)

[Capítulo 8. Fráncfort, 28 de junio de 1519. Carlos V](#)

[Capítulo 9. Villa Rica de la Vera Cruz, julio de 1519. Hundimiento](#)

[Capítulo 10. Tlaxcala, septiembre de 1519. Enfrentamientos y alianzas](#)

[Capítulo 11. Cholula, octubre de 1519. Masacre](#)

[Capítulo 12. México-Tenochtitlan, 8 de noviembre de 1519. Cortés y Motecuzoma](#)

- [Capítulo 13. Veracruz, mayo de 1520. Subversión](#)
- [Capítulo 14. México. Templo Mayor, mayo de 1520. Masacre](#)
- [Capítulo 15. México-Tenochtitlan, 30 de junio de 1520. Noche Triste](#)
- [Capítulo 16. Tlaxcala, julio de 1520. Repliegue](#)
- [Capítulo 17. Tordesillas, septiembre de 1520. Rebelión](#)
- [Capítulo 18. Tepeaca, octubre de 1520. Nueva España](#)
- [Capítulo 19. Aix-la-Chapelle, octubre de 1520. Coronación](#)
- [Capítulo 20. México-Tenochtitlan, noviembre de 1520. Epidemia](#)
- [Capítulo 21. Texcoco, abril de 1521. Preparativos](#)
- [Capítulo 22. Villalar, 23 de abril de 1521. Represión](#)
- [Capítulo 23. México-Tenochtitlan, junio de 1521. Sitio](#)
- [Capítulo 24. Santiago de Cuba, junio de 1521. Intrigas](#)
- [Capítulo 25. México-Tenochtitlan, 13 de agosto de 1521. Derrota](#)
- [Capítulo 26. Valladolid, 15 de octubre de 1522. Ratificación](#)
- [Tercera parte. Nacimiento de la Nueva España \(1522-1528\)](#)
 - [Capítulo 1. El proyecto cortesiano \(1522-1524\)](#)
 - [Capítulo 2. El viaje a Las Hibueras \(1524-1526\)](#)
 - [Capítulo 3. Retorno en el tumulto \(1526-1528\)](#)
- [Cuarta parte. La Corona contra Cortés \(1528-1547\)](#)
 - [Capítulo 1. La primera Audiencia: el exilio en Castilla \(1528-1530\)](#)
 - [Capítulo 2. La segunda Audiencia: la llamada del Mar del Sur \(1530-1535\)](#)
 - [Capítulo 3. La envidia del virrey Mendoza \(1536-1539\)](#)
 - [Capítulo 4. La España de la desilusión \(1540-1547\)](#)
- [Epílogo: La conjura de los tres hermanos \(1547-1571\)](#)
 - [El mito de Quetzalcoatl](#)
 - [El golpe de Estado de los criollos](#)
 - [El fin de la utopía](#)
- [Conclusión](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Bibliografía](#)

[Referencias cronológicas](#)

[Glosario](#)

[Álbum de fotos. El hospital de Jesús](#)

[I. El edificio](#)

[II. Las pinturas murales](#)

[III. Galería de retratos](#)

[IV. En busca del retrato de Cortés](#)

[V. La memoria de Cortés](#)

[Creditos](#)

A mi mujer,
de Santo Domingo a México,
de Baracoa a Chametla,
ese itinerario que recorrimos juntos.

El que no entra por la puerta
es ladrón y salteador

SAN JUAN, X, 1

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

CORTÉS, EL INDEPENDENTISTA

Es el 8 de noviembre de 1794 y estamos en la iglesia del Hospital de Jesús. Es el día en que se cristaliza el sueño del virrey Güemes, segundo conde de Revillagigedo: se va a inaugurar un mausoleo para honrar a Hernán Cortés. Todos los detalles han sido cuidadosamente dispuestos por el propio virrey, que solicitó a José del Mazo, destacado arquitecto de la época, el proyecto de un monumento conmemorativo: un obelisco de mármol de siete metros de altura y un altar para exponer los restos del conquistador contenidos en una urna de cristal. La urna está en el pedestal de un majestuoso busto de bronce firmado por Manuel Tolsá. Es un cambio radical; hoy se muestra, se exhibe con ostentación lo que hasta ese momento estaba oculto, disimulado, discretamente enterrado en el piso de una iglesia franciscana. Se exhuma un símbolo escondido. Cortés, el proscrito, sale de la sombra a la luz. Para el extremeño que se hizo mexicano es el reencuentro con la historia.

La fecha elegida para la inauguración conmemora los 275 años de la entrada de Cortés en Tenochtitlan. El sitio escogido para construir el mausoleo el primer encuentro de Cortés con Motecuzoma. La voluntad del virrey es clarísima: a través del primer actor de la Conquista de México busca instaurar un nuevo simbolismo, el de un país mestizo, original, que ya no puede ser considerado ni una réplica ni un

satélite de la España lejana. ¿Prefiguración de la Independencia? Sin duda.

La inauguración tiene lugar en ausencia del conde de Revillagigedo, que pocos meses antes había sido llamado a España, si bien su encargo estuvo marcado por el éxito. En cinco años transformó la ciudad, le dio esplendor arquitectónico y restableció la seguridad. Humanista ilustrado que se interesó en la historia prehispánica, algo que ya en sí era una revolución. Cuando por casualidad se encontraron durante las obras de ornato de la plaza mayor la famosa Piedra del Sol y la gigantesca Coatlicue (1790), dispuso no enterrar de nuevo esos monumentos "gentílicos", como hasta entonces se acostumbraba, sino que, por el contrario, quedarán expuestos. La Coatlicue halló cobijo en el patio de la Real y Pontificia Universidad, mientras que la Piedra del Sol quedó fijada en posición vertical en el ángulo suroeste de la Catedral.

Los historiadores por lo general interpretan el retiro del virrey Güemes como castigo por su afrancesamiento. Es cierto que, como buen ilustrado, no disimulaba su simpatía por la Revolución francesa y fue notorio que se rodeó de consejeros franceses. Algo que en una época en que Francia y España están enzarzadas en la guerra del Rosellón puede interpretarse como provocación política. Sin duda. Pero quizá sería un error soslayar otro elemento tan inconcesado como real: el conde de Revillagigedo es favorable a la Independencia de México, cuyas bases simbólicas sienta de forma deliberada al insertar el pasado prehispánico en el hilo de la historia nacional y al exhumar a Cortés, inventor del México mestizo. Este hecho pudo haber provocado su destitución.

El momento central de esta ceremonia del 8 de noviembre de 1794 es un discurso. Más precisamente, un sermón a cargo de fray Servando Teresa de Mier. Resulta difícil hoy en día entender por qué y cómo se eligió a este joven predicador dominico, oriundo de Monterrey, cuyo carácter exaltado era ya bien conocido. Pero sin duda se le veía con buenos ojos en la Corte, y estaba en el espíritu del tiempo.

Después de las exequias de Cortés, celebradas ante el pleno de las autoridades, es él quien pronuncia el sermón del 12 de diciembre, en la Colegiata del Tepeyac, por la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, una vez más ante una asamblea de notables entre los cuales figuran el nuevo virrey, Branciforte, y el arzobispo Núñez de Haro. En ese instante puede verse en fray Servando al favorito del pequeño club de las elites novohispanas. Podría, pues, pensarse con razón que el contenido de sus dos sermones, el del 8 de noviembre y el del 12 de diciembre, revela el estado de ánimo de las autoridades mexicanas frente a esos dos nuevos símbolos nacionales que son ahora Cortés y la Virgen de Guadalupe.

Para dar un toque actualizado a la presente edición en este año de conmemoración del bicentenario de la Independencia de México, pensé en exhumar el texto del sermón del 8 de noviembre. Resultaba tentador desentrañar tras las palabras de fray Servando la instrumentalización protoindependentista de la figura de Cortés, que rompía con siglos de un silencio incómodo.

Pero en el momento en que Cortés parece que va a gozar de una rehabilitación triunfal, súbitamente alzado al firmamento de los héroes, la historia trastabilla. No ha llegado todavía la hora del reconocimiento. El 13 de diciembre de 1794, es decir, al día siguiente de la fiesta de la Virgen de Guadalupe, fray Servando es suspendido y pierde su licencia para predicar. Le es confiscado el manuscrito del sermón y se le encierra en secreto en el convento de Santo Domingo de México. El 21 de marzo de 1795 el arzobispo condena a Mier a diez años de reclusión en el convento de Las Caldas, cerca de Santander, en Cantabria. Fray Servando es desterrado y expulsado a España.

¿Cuáles serían entonces esas palabras, esas ideas que provocaron tal alarma y tan brusco viraje por parte de las autoridades de la Nueva España, civiles y eclesiástica?

Consultemos, pues, los documentos inculpatorios: los textos de los sermones. Nos aguarda ahí una sorpresa. Si el contenido de la prédica del 12 de diciembre nos es conoci-

do, en cambio la oración fúnebre de Cortés desapareció. La primera declaración de hechos, ese texto, aunque crucial para un momento fundamental tanto en la vida de su autor como en la historia de México, no está en las *Obras completas* de fray Servando publicadas en cuatro volúmenes por la Universidad Nacional entre 1981 y 1988.[1] Tampoco queda huella de la alocución cortesiana en los *Escritos inéditos* (1944), ni en los *Escritos políticos* (1989), ni en la compilación de *Escritos y memorias* (1994). ¿Habremos de concluir que se trata de algo intencional?

¿Existirá acaso una edición antigua en alguna de las “colecciones de documentos”, aquellas compilaciones heterogéneas tan del gusto de los eruditos del siglo XIX? Empecé una paciente investigación visitando bibliotecas y acervos documentales, rastreando posibles traducciones extranjeras (pues Mier tuvo que pasar la mayor parte de su vida en el destierro en España, en Francia, en Italia, Gran Bretaña y en Estados Unidos). Todo en vano.

Volvamos pues al manuscrito, ¿pero dónde buscarlo, dónde hallarlo? El archivo del siglo XIX de los dominicos de México se quemó en la Revolución. El documento no está en los acervos de la Inquisición del Archivo General de la Nación. Edmundo O’Gorman, editor de las obras completas de fray Servando, lo da por perdido.[2] Lo mismo opinan los historiadores especializados en la época a quienes he consultado. No sabemos si esté extraviado para siempre; lo cierto es que fue ocultado. ¿Será tal desaparición el resultado de un azar inocentemente selectivo o fruto de un tabú freudiano agazapado en nuestro superego nacional?

Aun por omisión, tenemos aquí un testimonio: Cortés sigue siendo más molesto, más polémico de lo que se podría creer.

En el fondo, ¿qué pudo haber dicho de terrible fray Servando aquel soslayado 8 de noviembre? Lo sabemos a grandes rasgos gracias a apuntes dispersos[3] y gracias a su sermón sobre la Virgen de Guadalupe. Y es que esas dos intervenciones públicas son gemelas, cercanas en el tiempo

y en el espíritu. A propósito de la Guadalupana, la tesis de Mier podría resultar a primera vista extravagante. Según él, el ayate de la imagen de la Virgen, prueba de su aparición milagrosa, no sería la tilma de Juan Diego, sino el manto del apóstol Santo Tomás, quien luego de haber evangelizado la India habría seguido su camino hasta América y convertido a los antiguos mexicanos. Aun cuando una larga tradición señala que el sepulcro de Santo Tomás está en Mylapore, hoy un barrio de Madrás (Chennai) en el estado de Tamil Nadu, al sur de la India, es interesante leer entre líneas a fray Servando. Pretende dar a México profundidad histórica integrando el pasado indígena a la historia nacional: por una parte, los hallazgos arqueológicos de la época (la Piedra del Sol, la Coatlicue, la Piedra de Tizoc, etc.) prueban que los aborígenes tenían una escritura (en glifos), y por lo tanto que eran civilizados; por otra parte Mier afirma que la cristianización de México es antigua, la remonta sin reserva alguna al siglo I d.C. En realidad la Tonantzin del Tepeyac se habría aparecido a Santo Tomás, en cuyo manto habría quedado fijada la imagen, y Juan Diego sólo redescubrió la sagrada tilma. En cuanto a Tomás, el Dídimo, se le habría venerado en el mundo prehispánico bajo el nombre de Quetzalcoatl, cuyo carácter gemelar compartía.^[4] Se entiende con facilidad la razón de esta aventura relectura: Mier pretende disociar la evangelización de la llegada de los españoles y con ello suprimir la legitimidad de la Conquista.

Pero queda el momento crucial de la Conquista. ¿Qué hacer con ella en esta reescritura independentista de la historia patria? No hay más que dos posturas posibles: o bien se sataniza la actuación sucesiva de los conquistadores y de la Corona, con lo cual España se ve relegada al papel de ocupante ilegítimo, o se pondera esa apreciación reconociendo el componente hispánico como un elemento de identidad mexicana. En otros términos, o se “indigeniza” por completo la historia de la nación, disfrazándola con una retórica un tanto artificial, o bien, se acepta la realidad del

mestizaje. Y ahí es donde la erección del mausoleo de Cortés cobra todo su sentido: el capitán general de la Nueva España es a la vez símbolo de la hispanidad y un símbolo de la rebelión contra España, que nunca dejó de perseguirlo. Al honrar a Cortés en vísperas de la Independencia se celebra al conquistador y a la víctima de la colonización española, un héroe y un proscrito; en realidad, un personaje que ya para 1794 deriva su heroísmo de su calidad de proscrito.

La ambigüedad de ese Cortés inclasificable es lo medular de la oración fúnebre de fray Servando. El predicador lo elogia por haber erradicado la idolatría y suprimido los sacrificios humanos, pero efectúa una criba entre los conquistadores: habría algunos animados por la codicia y otros que fueron portadores de los valores del Occidente cristiano. Contradice en este sentido al también dominico Las Casas, cuyas exageraciones y ausencia de matices critica. Por desgracia no sabemos si Mier abordó en forma directa el tema del mestizaje o si se conformó con ensalzar al Cortés blanco de la vindicta de la Corona e independentista anticipado. Pero una cosa sí sabemos, ambos sermones de fray Servando, el de Cortés y el de la Virgen de Guadalupe, están íntimamente vinculados en el ánimo del predicador y en el espíritu del tiempo. Forman un todo. La Independencia, que ya se empieza a vislumbrar, impone una nueva historia patria que debe inscribirse en una trayectoria prehispánica y a la vez conservar una parte de hispanidad. De esa hispanidad, Revillagigedo y Mier eligieron el lado rebelde. El lado cortesiano.

La unidad de esta díada Cortés-Guadalupe no resistirá las borrascas de la Independencia. Si bien Hidalgo pondrá su lucha bajo el estandarte guadalupano, el mausoleo de la iglesia del Hospital de Jesús será desmantelado el 16 de septiembre de 1823 y el sermón del 8 de noviembre desaparecerá, censurado por el tiempo.

PRÓLOGO

UN NUEVO CORTÉS MESTIZO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Entre los nuevos mexicanistas franceses sobresale Christian Duverger, quien hacia 1978 comenzó sus estudios realizando monografías sobre temas prehispánicos: el espíritu de juego, los sacrificios humanos, los orígenes y la conversión religiosa de los indios. En 1999 saltó a un tema más amplio y ambicioso: el arte en Mesoamérica. Hoy nos ofrece *Cortés*, un libro original y apasionante.

Dentro de la gran tradición de la prosa francesa, Duverger es un narrador cuya fluidez no se ve impedida por las marañas documentales. *Cortés* tiene una bibliografía impresionante: sus propios escritos, los de sus compañeros y jefes, los testimonios indígenas, los de historiadores y cronistas de la Conquista, desde Bernal Díaz hasta los contemporáneos de hoy, así como anécdotas y alusiones, favorables, neutrales o feroces contra él. Nuestro autor maneja lo esencial de este repertorio, que rara vez cita en su texto principal; prefiere ponerlo en las notas, y así logra esa fluidez antes aludida. La historia de Hernán Cortés se lee como una novela de aventuras, pero con una novedad importante: no hay buenos ni malos, pues, según Duverger, Cortés se enamora de sus enemigos y se vuelve un Cortés mestizo. Los malos, en todo caso, serían el gobierno español, Carlos V y sus agentes, que impiden al héroe Cortés llevar a cabo sus

acciones de mestizaje. Tal es la idea principal de esta biografía.

En lugar de los taínos, mitificados por los humanistas, para Duverger existen los mexicas, que encarnan otro modelo cultural y otra forma de civilización. Librados de sus prácticas sacrificiales, éstos pueden testimoniar genio humano y son una alternativa.

La idea del capitán general es realizar un injerto español en las estructuras del imperio azteca, a fin de engendrar una sociedad mestiza. Para Cortés, no se trata en ningún caso de trasplantar al altiplano mexicano una microsociedad castellana, una copia colonial, marchita, de la madre patria, lo cual se había hecho en La Española y en Cuba, con el éxito conocido. En México, los españoles deberán fundirse en el molde original. Pronto, por ejemplo, Cortés se empeña en aprender el náhuatl, la lengua de relación en Mesoamérica, como lengua oficial de Nueva España. Decide que en la escuela la enseñanza se imparta en la lengua vernácula o en latín. En México no habrá hispanización. Aprovechando los consejos ilustrados y las lecciones particulares de Marina, Cortés parece dominar el náhuatl, aunque en los actos oficiales conserve a su intérprete indígena para respetar las tradiciones autóctonas.

En las páginas siguientes, Duverger, en su entusiasmo cortesiano, hace algunas afirmaciones que me parecen difíciles de aceptar; por ejemplo, la existencia de pruebas de que Cortés logró comprender el sistema de escritura pictográfico [de los nahuas] y que hizo de él un uso realmente mestizo.

Toda empresa de mezcla cultural —escribe Duverger— pasa por el mestizaje de la sangre: Cortés tiene al respecto una opinión perfectamente ajustada; concibe la emergencia de su sociedad mestiza como una maternidad, ya que la mujer, y sólo ella, representa la parte más civilizada del mundo y puede ser investida de esta misión de confianza: engendrar el Nuevo Mundo. Fascinado por la mujer amerindia, a la que profesará culto, impondrá la mezcla de sangres al hacer que las mujeres mexicanas se conviertan en